

La Sonda

Grande fue la sorpresa de Federico Estapiola, líder de la nueva expedición arqueológica en Tikal, cuando le reportaron el reciente descubrimiento. Debajo del Templo IV, mejor conocido como el Templo de la Serpiente de dos Cabezas, se encontraba una pequeña habitación cerrada y sin acceso. La nueva tecnología de ultrasonidos les había permitido descubrir el lugar hueco dentro de la edificación, casi debajo de ella, el cual estaba completamente sellado e inaccesible. La imagen procesada por computador mostraba claramente una pequeña habitación dentro del lugar, aproximadamente de dos metros por metro y medio, con una altura de un metro setenta. Debido a la espesura de la roca, no se pudo obtener mucha más información, pero la resonancia indicaba que posiblemente existirían varios objetos guardados dentro del reducido espacio.

Tikal es uno de los sitios arqueológicos y turísticos más importante dentro de la cultura Maya, ubicado en Guatemala, cerca del poblado de Flores. La enorme ciudadela tiene cinco templos de gran altura que sobresalen por encima de la espesa jungla, y se cree que fue un centro cultural floreciente alrededor del año 750 de la era cristiana, con una población que excedía los cien mil habitantes. Si bien la arqueología tradicional la había dejado de lado décadas atrás, un nuevo grupo de investigadores, patrocinados por la fundación “Restauración Temporal Telekton”, se hallaban allí buscando comprender varios enigmas de esa maravillosa cultura, la cual tenía el calendario más preciso del mundo y un patrimonio de conocimiento inigualable. Al desaparecer misteriosamente, dejando sus ciudades abandonadas, y sin explicación posible, muchos caminos a un conocimiento superior (no histórico), se habían cerrado, puesto que los dibujos de sus construcciones hablaban más de temas comunes y diarios que del conocimiento oculto que manejaban, o por lo menos eso parecía hasta el momento.

El pedido fundamental de la fundación que ponía sin problemas los fondos para las nuevas pesquisas era que se investigara en profundidad todo el conocimiento oculto que pudiera obtenerse de las imágenes en la roca y de los nuevos objetos o inscripciones que pudieran encontrarse. A diferencia de muchas organizaciones de este tipo, la fundación “Restauración Temporal Telekton” es un lugar abierto a todo interesado en el tema, y se basa en la cooperación de todos sus miembros, sin ocultar información o conocimiento al resto del mundo. La teoría que manejan es que la humanidad vive en un desorden general, en una falta de entendimiento y desánimo mundial, porque su ciclo de vida no refleja la verdad universal, y por lo tanto está yendo en contra de la corriente verdadera. El principio básico que profesan es que el calendario gregoriano, mundialmente aceptado, no corresponde con ciclos reales del planeta, trayendo todos estos problemas; mientras que el calendario de las 13 lunas de los Mayas cuadra perfectamente con la realidad del universo, y por lo tanto, si se adoptara, poco a poco los humanos iríamos formando parte de la antigua y olvidada realidad, entendiendo al mundo, compenetrándonos con él, y recuperando conocimiento y capacidades que los antiguos poseían, como ser dominio del clima, telepatía, telekinesia y poder sobre los sueños. Al despertar todos a esta nueva vida, los conflictos terminarían, y las guerras, el odio y los problemas diarios desaparecerían. Hay varios juegos matemáticos o de relación que se puede hacer con el calendario Maya, como que la suma de cualquier día con su complemento da siempre el mismo número, o que el cumpleaños de una persona cae siempre el mismo día de la semana (y del año), pero de todos modos esto no es relevante para el caso.

La fundación buscaba cambiar las costumbres mundiales para lograr la aceptación del nuevo calendario. Y lo estaba logrando lentamente. El problema era el siguiente: Al descubrirse la tumba de Pacal Votan en Chiapas (Méjico) en 1952, con sus inscripciones

que revelaban las verdades recién descritas, se reconstruyó el calendario Maya con su verdadero significado y conocimiento relacionado. Pero ese conocimiento tenía un pequeño problema. El calendario se basa en ciclos lunares (o femeninos), totalizando 13 meses de 28 días cada uno. Esto significa que se tiene un total de 364 días en un año, pero la realidad es que son 365 días los necesarios para dar una revolución completa alrededor del sol. Quienes reconstruyeron la primera versión del calendario crearon un día especial, llamado “Día Fuera del Tiempo”, que es un día que no corresponde con ningún mes o semana del calendario, que debería tener un gran significado especial, supusieron, para los Mayas. Si bien la corrección pareció factible a la mayoría de los investigadores, la fundación pensaba que aún no se habían descubierto todas las verdades sobre dicho calendario, y por lo tanto reiniciaron los trabajos de excavación y búsqueda con el fin de obtener pruebas concluyentes. Para ello se seleccionó la localidad de Tikal, puesto que era el centro cultural Maya más importante de la historia, y tenía grandes posibilidades de contener información aún no descubierta.

Federico Estapiola, un mejicano maduro, interesado en el tema, había entrado a formar parte de la fundación unos años atrás, y debido a su preparación y conocimientos, fue designado como la cabeza de la expedición que se había topado con el descubrimiento del cuarto secreto debajo del Templo IV, el cual, a esa hora del día (15:00 hs) estaba lleno de turistas tanto a su alrededor como en su cúspide (es una pirámide de 70 metros de altura).

Una vez realizado el descubrimiento, la expedición tuvo que realizar gestiones durante varias semanas para conseguir el permiso oficial que les permitiera excavar en el lugar, y que mantuviera alejados a los turistas del Templo IV. Por su parte debieron comprometerse a no dañar la estructura edilicia, y por lo tanto tuvieron que idear un sistema de túneles subterráneos que les permitiera ingresar hasta la habitación por debajo de la tierra. Estos trabajos tardaron cerca de un mes más en llevarse a cabo, pero finalmente alcanzaron su objetivo, y sus expectativas fueron superadas con creces. Todo parecía mágico y místico, puesto que el ingreso a la sala se produjo el mismo día del cumpleaños número cincuenta y dos de Federico. Según el calendario Maya, él era “Mano Resonante Azul”, y ese año significaba un gran ciclo cerrado, puesto que los ciclos totales del calendario (combinaciones de sellos y tonos - 13 lunas con 20 tonos se combinan en períodos de 260 días) se cumplen exactamente cada 52 años, y por lo tanto ese día, era el día de la Mano Resonante Azul también.

Federico fue el primero del grupo en ingresar al pequeño recinto. Como el espacio era muy pequeño, lo único que hizo fue observar extasiado el interior, iluminado con una potente linterna, a la vez que se rascaba el tupido bigote ya gris por las canas. Era claro que ese lugar no era una tumba, puesto que carecía de todas las características comunes a ellas, y era evidente que los objetos allí almacenados debían ser de tremenda importancia, ya que estaban cubiertos por toneladas de roca sólida pertenecientes a la pirámide. Con cuidado, utilizaron el túnel para mover todos los objetos al exterior, a las tiendas de campaña que se habían instalado alrededor de la estructura y que marcaban un perímetro inaccesible a los curiosos y turistas.

Varios cajones repletos de piedra labrada fueron el descubrimiento inicial. Estas tablas estaban escritas en un idioma aún más antiguo que el de los indígenas centroamericanos, y resultaba totalmente desconocido inclusive para los expertos que pertenecían a la excavación, por lo que se almacenaron cuidadosamente para realizar estudios posteriores. Subsiguientemente vino el descubrimiento mayor: una gran olla metálica, sellada, que tenía grabada una simple inscripción: una raya horizontal con dos puntos debajo, junto a unas referencias circulares al calendario y a un día en especial.

Un sentimiento de euforia y desconcierto se apoderó del líder de la expedición, puesto que ese símbolo concordaba con su sello, el de la mano, que era el mismo símbolo de ese día en particular con su propio tono resonante. Creyendo que estaba presenciando un milagro, puesto que era imposible que eso fuera una simple casualidad, solicitó la ayuda de algunos compañeros para abrir la tapa del objeto. El material en que estaba construido era un metal blando, semejante al plomo, pero de una coloración más clara, como si se tratara de una aleación especial de varios metales.

Mientras aflojaban la tapa, Marcos Puglietto, el único periodista que permitieron los acompañara, preparó su cámara digital y la conectó a su PC portable, la cual tenía una conexión satelital para enviar las fotografías directamente a su agencia. Su ayudante, mientras tanto, estaba filmando cada detalle de la expedición para realizar posteriormente un documental destinado a una cadena de televisión que ya había pagado por los derechos de difusión (parte de los cuales correspondían a los propios investigadores, por supuesto). Marcos era el típico periodista de acción, rebelde, siempre vestido con pantalones tipo cargo, gorras y casacas llenas de bolsillos. En sus largos años había cubierto todo tipo de noticias, desde guerras hasta catástrofes naturales, por lo que este trabajo tranquilo le parecía más una vacación que otra cosa.

Finalmente la tapa cedió, dejando escapar un aire antiguo que escapó con fuerza, descomprimiéndose como si el interior estuviera a una presión diferente del exterior. El espacio interno de la olla era una esfera perfecta, de la cual formaba parte inclusive la tapa, y en el interior de ella había una especie de globo metálico tan pulido que parecía un espejo. Con cuidado lo extrajeron de la olla, notando que tenía un peso impresionante a pesar de su tamaño (unos cincuenta centímetros de diámetro), lo apoyaron en una cama (para evitar que ruede) y lo observaron atónitos. La esfera era tan lisa y pulida como un vidrio, y reflejaba perfectamente las imágenes a su alrededor. Además, no se ensuciaba al ser tocada, como si estuviera protegida por algún tipo de campo invisible.

Alrededor del extraño objeto se acumularon quince personas, todas sorprendidas, intentando descubrir su significado o su función, pero no tenían para pronunciar más que palabras de asombro. Las imágenes captadas por los periodistas inmediatamente fueron desplegadas en varios sitios de Internet del planeta, y por varios minutos todos permanecieron embelesados ante el magnífico y perfecto cuerpo.

Pero repentinamente se percibió una ligera vibración en él, acompañada de un trueno que interrumpió el pleno silencio del momento y los dejó prácticamente sordos. Las luces, las cámaras filmadoras, los elementos arqueológicos electrónicos, los relojes, teléfonos celulares y demás aparatos dependientes de la electricidad automáticamente dejaron de funcionar; más tarde se darían cuenta que lo mismo ocurrió a todos los turistas del lugar y a varios pueblos aledaños. Una mujer mayor, que se dedicaba a brindar soporte al grupo y a ordenar sus datos, casi sufrió un infarto, y tuvo que ser atendida por sus compañeros. Otros miembros de la expedición debieron salir afuera a tranquilizar a los turistas y alejarlos del lugar.

Mientras tanto Federico, Marcos, y Elía, una joven experta en computación, se acercaron al extraño objeto, que ahora tenía por un lado un pequeño orificio en un costado, y que se había deformado por otro lado hasta formar un plato en su superficie, con una pequeña protuberancia en el centro, que apuntaba hacia arriba.

—Miren esto —observó Federico, acercando su mano al orificio del objeto, y posteriormente una pluma, que se movía levemente—, ¡Está absorbiendo aire! —exclamó.

—Eso no es tan interesante como su deformación —acotó Elía, acomodándose los anteojos para observar mejor—. No tengo forma de comprobarlo, pero apostaría por su estructura que se trata de algún tipo de antena, y por lo que acaba de suceder, es de una

terrible potencia. Lanzó una descarga electromagnética tan poderosa que anuló a todos los objetos electrónicos en un radio enorme.

—Pero este objeto es demasiado pequeño para ser una antena y poder transmitir con tanto poder —supuso Marcos—. Además no posee ninguna fuente de energía externa.

—El tamaño no es un problema —le replicó Elía, nerviosa, haciendo un nudo con su propio largo cabello, que le estaba molestando—. Tu teléfono satelital tiene un plato del mismo tamaño. Es una cuestión de tecnología. Y esto va más allá de lo humano, o por lo menos de lo humano en nuestra época, quién sabe si en el remoto pasado, en la Atlántida, o en un futuro no tan lejano, exista esta tecnología...

—Me parece un disparate —dudó Federico por un momento—. ¿No puede ser otra cosa?

—Sí, claro que puede ser otra cosa, ¿Pero qué? —le volvió a preguntar Elía.

—No tengo idea.

—Yo tampoco —asintió Marcos.

—Evidentemente es un objeto tecnológico, o mágico, o un ser vivo. Creo que a grandes rasgos son las posibilidades más claras. Desde mi punto de vista, y desde la cultura a la que pertenecemos, lo más fácil es aceptar que se trata de algún tipo de aparato o dispositivo mecánico. Por lo tanto descartemos la magia y que sea un ser vivo.

—O que sea una máquina dirigida por un ser vivo. Tal vez sea una ciudad de pequeños extraterrestres del tamaño de hormigas... —empezó a divagar Marcos.

—Dejemos de lado eso también —sugirió Federico.

Por algunos minutos más, el objeto se mantuvo sin cambios, hasta que en un abrir y cerrar de ojos, el pequeño orificio desapareció, así como la antena, volviendo a tener una forma esférica perfecta. De inmediato, sin que nada externo lo afectara, rodó sobre sí mismo, y, a pesar de que los tres quisieron detenerlo, cayó al suelo de tierra, donde avanzó un metro más hasta detenerse. Federico se acercó nuevamente a él a fin de levantarlo, pero, en silencio, Elía lo detuvo. La esfera nuevamente se transformó, de la manera anterior, pero con ahora varios orificios en su zona baja.

—Está tomando muestras —dijo Elía—. Aire, tierra.

—¿Muestras? ¿Para qué? —inquirió Marcos.

—¿Qué hacemos nosotros cuando enviamos sondas a la Luna, a Marte, o a los diferentes planetas? Tomamos muestras, y enviamos el resultado de su estudio a casa. Es claro que esta cosa está haciendo eso, y es claro que su casa queda muy lejos, por la potencia de la señal. Se trata de buscar rastros de vida, temperatura, atmósfera, humedad, minerales, para saber si el planeta es habitable, o serviría de colonia minera, o de refugio, o de fuente de alimento. Probablemente ya haya percibido que existen condiciones de vida, y que nosotros lo rodeamos.

—¿Y por qué esta cosa, como quieran llamarla, estaba escondida dentro de un templo Maya de miles de años de antigüedad? —preguntó Marcos a los otros dos.

—Tal vez los Mayas sabían lo que era, o tal vez le temían —supuso Federico.

—Pero hay algo más —pensó Elía en voz alta—. Por la forma en que estaba sellado, dentro de esta olla de una aleación por demás extraña, es claro que no querían que envíe su información, y que sabían como funcionaba, o por lo menos como evitar que funcionara. Y estaba suficientemente escondido para que nadie lo encontrara jamás.

—Y yo me pregunto —les dijo Marcos—, siendo que esta cultura precolombina, que se sabe era tan desarrollada, y sobre la que se especulan tantas cosas, le temía a este objeto... ¿No deberíamos estar un poco preocupados de haberlo liberado?

—Yo estoy bastante preocupado —aceptó Federico.

—Yo también —asintió Elía.

—Si fuera cierto que, de algún modo esto envía señales al espacio, es para que alguien las escuche. Y ese alguien, según nuestra imaginación humana siempre polarizada,

puede ser bueno o malo, o sea, venir a ayudarnos, a mostrarnos avances tecnológicos o espirituales sin igual, o en su contraparte, venir a subyugarnos, a dominarnos, a convertirnos en esclavos o en comida...

—Si vamos a ser sinceros, eso no es maldad, o sí lo es... No sé cómo explicarme —dijo Marcos—. ¿Acaso si nosotros descubriéramos vida en otro planeta del sistema solar, o en la galaxia, no haríamos lo imposible por ir y dominar ese planeta de la misma forma que lo hemos hecho aquí en la tierra, donde dominamos, subyugamos y nos alimentamos de las demás especies? ¿Es eso maldad? La humanidad se mueve con los mismos principios, y es más, somos presas del miedo de encontrar una civilización que se comporte igual a nosotros, pero que sea más poderosa o más numerosa. Esa es la verdad.

—Verdad o no, yo evitaría riesgos —dijo Federico—. Si esto estaba oculto por esta gente, tal vez debería continuar así. Si ellos entendían los motivos, es suficiente para mí. Devolvámoslo a su lugar. Y mantengámoslo en secreto, porque si vienen investigadores a querer desmenuzar el aparato, puede ser peor.

—De todos modos, la señal, por su potencia, está apuntada a algún lugar a miles de años luz de aquí. Cientos de generaciones humanas pueden pasar antes de tener una respuesta o reacción por parte de los dueños de esto —acotó Elía.

—O tal vez no estén tan lejos. Quien sabe si los artífices de esta tecnología lanzaron miles de sondas de este tipo a diferentes puntos de la galaxia, algunos cercanos, algunos lejanos, y tal vez nosotros estemos entre los puntos cercanos...

—Metamos esto en la olla —asintió Marcos.

—Pero la olla fue violentada —se quejó Elía—, ya no es hermética, y ya no funciona su mecanismo de cierre.

—Destruyémoslo entonces —dispuso Federico, sacando una escopeta de un baúl y apuntando a la esfera, que aparentemente continuaba enviando su misteriosa información al espacio exterior.

—Pero si ellos no lo destruyeron, también habrá una razón detrás —siguió pensando Elía—. Tal vez sea indestructible, o peligroso, o lo dejaron como herencia a civilizaciones posteriores, que supieran manejarlo.

—Entonces definitivamente no es para nosotros —sonrió Marcos.

—Voy a destruirlo y que Dios me ampare si estoy equivocado... —insistió Federico— Los demás se alejaron, sin decir nada, aceptando tácitamente la decisión. El escopetazo destruyó por completo la frágil estructura, dejando a la vista su interior, consistente en incomprensibles circuitos, lubricantes viscosos y dispositivos mecánicos unidos todos por una especie de espuma que parecía ser materia viva.

—Esperemos que el corto tiempo en que estuvo funcionando pase desapercibido a sus dueños —dijo Federico.

—Y esperemos que esto haya sido lo correcto —supuso Elía—. Puesto que tal vez hayamos cortado el único posible contacto con alguien capaz de enseñarnos verdades inimaginables.

—Prefiero buscar esas verdades en las tablas de piedra que rescatamos hoy —dijo Federico con una sonrisa.

—Estoy de acuerdo —lo apoyó Marcos, abandonando el lugar con un alivio difícil de explicar.

14/11/2002

Entrevista con el Kurupí

A modo de Introducción:

El Kurupí es un ser de la mitología Guaraní representante de la fertilidad y virilidad, normalmente descrito como un hombre bajo, con rasgos indígenas, moreno, delgado, y que tiene su órgano reproductor de un tamaño sobredimensionado, enrollándose alrededor del cuerpo en siete vueltas para poder caminar y realizar sus actividades con soltura. En épocas precolombinas, e inclusive actualmente en el campo paraguayo, todavía se responsabiliza al Kurupí de los embarazos de las jóvenes solteras. El Kurupí es hijo maldito del espíritu del mal Guaraní (Tau) y de Kerana, hija de un cacique. Tiene otros 6 hermanos, de los cuales sólo uno tiene apariencia semejante a la humana: el Jasy Jatere, y los demás son simples bestias monstruosas y terriblemente peligrosas: Luisón, Moñai, Mboi Tui, Ao-Ao y Teju Jagua.

La mano del entrevistador temblaba de forma inusual. Presionó el botón de grabación de su antigua y fiel compañera grabadora, y esperó unos segundos antes de hablar. A pesar de haber reportado a grandes figuras del espectáculo, la política y el deporte, la personalidad actual lo ponía tan nervioso como si ésta fuese su primera vez. Y es que tenía ante sí a una de las primicias más grandes del mundo, una que por fin demostraría su calidad de periodista y de investigador.

—Siendo las diez horas de un doce de enero del año 2002, en la ciudad de Asunción, se inicia una entrevista que quedará registrada en esta cinta, realizada por Gervasio Fuentes... Bueno, comencemos... Dígame señor su nombre, edad, dirección, lugar de trabajo...

Un hombre de treinta años se encontraba del otro lado del escritorio, los cabellos medianamente largos y pajizos, ojos grandes y negros, una sonrisa torcida, petiso, no alcanzaba el metro sesenta, y con una pancita que denotaba años y años de cerveza sin control. De todos modos, irradiaba un carisma irresistible, atrapante, hipnótico.

—Me llamo Kurupí, vivo desde que existe nuestra cultura, por ahora resido en el edificio Curupayty, octavo piso, y de profesión... Podríamos decir que soy jornalero.

—¿Jornalero? —inquirió el periodista.

—Sí —aseveró el otro—. Por decirlo de alguna manera. Hago lo que sea necesario para subsistir... Antes, en épocas precolombinas, simplemente me tiraba bajo un árbol y comía de su fruta, durmiendo con las estrellas como techo. Pero ahora, desde que vine a la ciudad, tengo un confort, un estilo de vida que mantener, y eso se paga con metálico, no hay otra forma. Por lo tanto tengo que trabajar.

—¿Y qué tipo de trabajos realiza?

—De todo... Por lo general, debido a mis dotes privilegiadas, trabajo de Gigoló, y me va muy bien, pero ahora, con la crisis, ni las “señoras bien” casi pueden pagar mis servicios. Es por eso que estudié en la universidad, y me recibí de Administrador de Empresas, Abogado, Analista de Sistemas y Bioquímico.

—¿Todo eso?

—He tenido mucho tiempo para estudiar, y además ese es un buen lugar para conocer jovencitas... Ahora estoy viendo la posibilidad de hacer un máster en la Universidad Nacional, lo que me abriría puertas en el extranjero, quien sabe...

—Acaba de mencionar existir desde siempre, y haber tenido mucho tiempo para estudiar... —Fue guiando la conversación el interlocutor—. ¿Es usted humano?

—Sí, y no. Sí porque si me ves, te darás cuenta de que no me falta nada para ser humano, ni en mi aspecto ni en mi forma de vivir. Mi madre, al fin y al cabo, era humana. Y no, porque tengo una chispa divina que me hace especial, e inmortal.

—¿Por qué viniste a la ciudad? ¿Tus límites no estaban delimitados a la campaña?
—preguntó el reportero en un tono más coloquial.

—Antes, en épocas de los indios Guaraníes, nómadas por naturaleza, yo paseaba por el mundo buscando tribus con quienes entretenerme. Pero al crearse las ciudades, se hizo todo más fácil, puesto que mucha gente se amontona aquí y no hay que caminar kilómetros y kilómetros en busca de algún ser humano. Además, me aburrí de las chicas del campo, tan inocentes, que uno tiene que enseñarles todo, y encima al terminar se quedan enamoradas de vos... Las muchachas de la ciudad ya están en otra onda, todo es sin compromiso ni culpas...

—Así que ahora centra sus actividades en la ciudad capital, y no va más por el campo.

—No compañero, no sea así de extremista. Hago viajes periódicos al interior, para cumplir con mis obligaciones en todos los rincones del país. Pero como cada vez más gente se acumula aquí, no tengo tanto trabajo afuera.

—Saliendo un poco del tema... Y sin ánimo de ofender, yo siempre imaginé que un ser mitológico como usted, sería bruto, ignorante, que probablemente hablaría sólo guaraní, de hecho, yo había venido preparado para hacer la entrevista en guaraní, pero como usted me recibió en un castellano tan correcto...

—Ah —lo interrumpió el interpelado—. Sí. Como te dije, los tiempos cambian, y hay que adecuarse a ellos. He estudiado mucho, hice la primaria y la secundaria en colegios para adultos, y aprendí rápido el español, inglés, italiano, francés, y hasta latín. Si te hablara mi guaraní, el puro, el de los indígenas precolombinos, no entenderías nada, puesto que tiene poco en común con el jopará al que estás acostumbrado.

—¿Y de qué le sirve tanta cultura, tantos idiomas? —le preguntó el periodista.

—Variedad, chera'a, variedad. Como te mencioné, aquí en la ciudad hay de todo. Desde empleaditas del campo hasta jóvenes de intercambio suecas que vienen por AFS... Y yo le cumplo a cada una de ellas. Así el diálogo es más fácil. Y ni qué decir cuando me tomo vacaciones, y echo unos polvitos en tierras lejanas.

—¿Vacaciones?

—¿Y qué, no tengo derecho a tener vacaciones? —Se molestó el hombre—. Lo vengo haciendo desde 1880 más o menos. Un viajecito cada tres o cuatro años. He recorrido muchas partes del mundo.

—Y dígame señor... —Gervasio esperó unos momentos para lanzar su pregunta, pensando la mejor frase posible—. ¿Es cierto todo lo que se dice de usted, el mito del Kurupí?

—Muchas cosas sí, otras no tanto. Soy un ser viril, insaciable, sin duda. Pero la mayoría de los hombres paraguayos son así, por lo que tanto no me distingo de ellos, y las mujeres lo mismo, de otro modo no necesitarían de mis servicios...

—¿Y el tema del tamaño, eso de que la lleva enrollada en la cintura?

—¡Ah! Esos sí que son inventos —rió el interpelado con ganas, mostrando el hueco de un molar en la mandíbula—. Es cierto que estoy bien dotado, supongo que el clima ayudó en eso, pero no es para tanto. Con esta ropa de ahora es bien difícil disimularlo, ya que todos los pantalones y jeans son bastante ajustados, y los shorts muy cortos. He tenido que inventar métodos como el de la faja, que me ata el miembro a una pierna... Si hay algo que extraño es andar con todo colgando nomás... Ahora sólo puedo hacerlo en el campo, y ni siquiera allí, porque las ciudades del interior también se han civilizado mucho.

—Ahora le haré una pregunta que todo hombre que lea el artículo querrá saber: ¿Cuál es su secreto con las mujeres? ¿Cómo hace para conseguir lo que quiere?

—Ufff... Ese sí que es todo un tema. En un principio, yo les silbaba por las siestas en las ventanas a las chicas, y cuando ellas se asomaban y veían la mercadería libre al sol, era suficiente.

—¿Les silbaba por la siesta? —inquirió sorprendido el reportero—. Yo siempre creí que el que hacía eso era el Jasy Jateré.

—Ese es un invento de las madres que no querían que sus hijos molesten a la hora de la siesta. El Jasy Jateré no existe. En realidad el Pombero es mi séptimo hermano, lo que hubo es una confusión histórica nomás.

—¿Y sus demás hermanos?

—Los otros sí existen. Acá tengo justamente al Pombero quedándose unos días conmigo, mientras consigue una casa hacia Lambaré donde mudarse. Estaba viviendo cerca de la terminal de ómnibus, pero la cosa está muy peligrosa por ahí, y después del último asalto, donde lo hirieron con cuchillo, decidió mudarse a otra parte. Pero el pobre es muy bruto, no le da para estudiar, por lo que trabaja de albañil, sereno y ese tipo de cosas, y gana muy poco. Estuvo un tiempo en Argentina, pero con la crisis y todo eso decidió volverse.

—Me gustaría conocer a su hermano, si se puede —pidió Gervasio.

—Ahora no, tal vez un poco más tarde. Si lo despertamos en este momento estará de mal humor, y esa no es una buena idea.

—¿Y los otros?

—Los veo de vez en cuando, pero debido a que ellos no pueden pasearse por la ciudad de la manera que yo lo hago, sólo podemos reunirnos en el campo, en la casa de alguno. Normalmente aprovechamos la Semana Santa y la época de año nuevo para hacerlo. Hay historias que cuentan que ellos murieron, pero son falsas, están vivos y sueltos por el mundo, sólo que se han alejado o prefieren estar escondidos y lejos de la civilización.

—Entiendo... Pero prosigamos con la entrevista entonces. Me estabas contando las técnicas que utilizás para conseguir lo que muchos hombres quieren y no pueden.

—Bueno, como te decía, antes era simple. Iba, tomaba desprevenida a la chica, pum, y listo. En la época de la colonia todavía preferí el campo, pero luego, al ir creciendo las ciudades, y aglomerándose gente un tanto más preparada, tuve que ir cambiando de estrategias. Leí Cyrano de Bergerac, Romeo y Julieta, poemas de diversos autores, y tuve que empezar con el tema de las cartas románticas y encuentros furtivos bajo la luz de la luna. Esa época no me gustó tanto. Los prostíbulos nunca fueron solución, puesto que por mi honor he jurado nunca pagar por el placer, tal vez cobrar en todo caso... Bueno, a inicios del siglo veinte viajé a Brasil, y me radiqué en el norte, donde había un liberalismo mayor en el sentido que nos importa, y volví acá recién en la época de Stroessner. Por suerte ya abrieron algunos pubs y discotecas, y el levante se facilitó bastante, ya que las fiestas patronales, mi lugar preferido, se empezaron a llenar de chiquilines y se convirtieron en una kermés prácticamente. Pero ahora descubrí un método mucho más sencillo: Internet.

—¿Internet? —repitió el periodista.

—Sí, con Internet todo se hizo más fácil. Hay foros o chats sólo de sexo, donde uno pone un tópico del tipo “Tengo 60 centímetros para compartir”, con su dirección de e-mail, y te llueven propuestas. Es cierto el dicho que dice “todo el que chatea es feo hasta que demuestre lo contrario”, pero me he encontrado con feas habilitosas y con bombonazos muy tímidos que, gracias al anonimato, se despertaban a noches enteras de pasión descontrolada. Prácticamente mis últimos levantes fueron todos

por Internet. Puse ahora una conexión wireless, para no pagar tanto teléfono, porque me venía una cuenta monstruosa, y aprovecho para bajar MP3 o warez mientras preparo la actividad de cada noche. También tengo mi propio sitio web: www.KurupiOnLine.com.py.

—¿Sí?, ¿Y qué ponés ahí?

—Chistes, fotos eróticas, algunos mitos y leyendas paraguayos, y tengo una zona secreta con fotos y videos obtenidos durante mis actividades. Además le agregué un foro de discusión sobre temas “hot” y estoy viendo la posibilidad de poner un chat también. Tengo muchas visitas al día, y banners con propagandas de los principales moteles de Asunción, e inclusive algunos del extranjero.

—Voy a echarle un vistazo entonces, ya que nunca había escuchado de él. Pero decime, con estos cambios ¿Pasaste de tener tus actividades por las siestas a tenerlas por la noche?

—Lo que pasa es que normalmente la gente trabaja todo el día y no tiene mucho tiempo hasta la tarde, salvo algunas colegialas... —El hombrecito sonrió—. Y algunas mujeres empresarias que se escapan al mediodía, y en vez de almorzar están conmigo, corneando al marido. Pero las chiquilinas son un caso serio, algunas me manejan mejor que las grandes señoras de antes, con años de experiencia... Estas chiquillas que ni terminan el colegio me enseñan cosas y me piden posiciones del Kamasutra que ni siquiera conozco. El año pasado una salió con que quería probar la “posición del cangrejo”, y, avergonzado tuve que decirle que no sabía como era...

—¿Y siendo esa tu especialidad no leíste el Kamasutra?

—En ese momento no, pero ahora sí, porque no quiero pasar semejante papelón de nuevo. Lo que pasa es que todavía estoy un poco en el viejazo, donde las cosas se hacían pero no se hablaba de ellas. Uno iba, se subía encima y listo. En cambio ahora está de moda eso de hablar del sexo y discutir lo que uno quiere, le gusta o le disgusta, y no es mi costumbre hacerlo. Pero estoy aprendiendo.

—¿Cuántas veces al día realizás tu “trabajo”? —preguntó Gervasio con picardía, continuando el tema caliente.

—Si es por capacidad, todas las necesarias. Pero en la realidad de tres a cinco. El tema es que con el calor que hace últimamente, no da ganas salir del aire acondicionado para saciar a una tipa durante el día. Si en cambio organizo mi agenda y hago un combo tipo tour, donde recorro varias casas y moteles de una vez, entonces sí salgo.

—¿Y no te aburre, o te cansa, tanta actividad sexual?

—Yo fui creado con una misión, y por lo tanto estoy preparado física y psicológicamente para llevarla a cabo. Me siento pleno cuando lo hago. Debido a eso no me aburre ni me cansa... Bueno, de todos modos, me tomo el primer lunes de cada mes de asueto, por lo general voy a un spa en busca de atención y masajes, y en ese día no tengo actividad erótica.

—¿Tenés una idea de cuantos hijos has procreado?

—Uyyy... Esa pregunta es espinosa. Lo que te puedo asegurar y jurar es que son muchos menos de los que se me atribuyen. Eso de que “vino el Kurupí y me embarazó” es normalmente mentira. Las adolescentes aceleradas salían con esa estupidez siempre que hacían sus cosas con el novio sin pensar en las consecuencias. Yo, por mi parte, tengo la habilidad de saber por el olor de la mujer si está en un momento de peligro o no, y procedo únicamente si estoy completamente seguro que no va a haber resultados del hecho a los nueve meses. Es cierto que a veces me equivoco, pero eso es muy poco común.

—¿Y no te preocupa el tema del SIDA? ¿Te cuidás de alguna manera? —inquirió el cronista.

—Me preocupa un poco, pero qué puedo hacer. No hay preservativos para mi talla, por lo que debo practicar un sexo “seguro” basado únicamente en mi instinto. Como en el caso anterior, también puedo darme cuenta de si una persona está sana o aquejada de algún mal de esos, sobre todo del kypé. Con ese me curé de espantos una vez, y no quiero ni pensar en ello... De todos modos al no ser realmente humano, la mayoría de las afecciones no me hacen efecto o se curan enseguida.

—Esta pregunta es de índole personal. Si querés contestarla hacelo, y si no, dejala pasar —dijo el periodista—. ¿Sos heterosexual a rajatabla o no?

El ser pensó por un momento en la respuesta:

—Sí —afirmó— Soy heterosexual. No puedo negar que a lo largo de mi vida, que ha sido por demás prolongada, me crucé con jóvenes muy lindos, de tendencias que te imaginarás, con los que ocurrieron algunas cosas. Y ahora están cada vez más churros y metrosexuales, como si se hubiera puesto de moda estar en la otra vereda. Pero no es lo normal, ha ocurrido muy de vez en cuando, y nunca hice de pasivo, vale la pena aclarar... —El Kurupí sonrió socarronamente—. Varias veces estuve viendo como son las cosas en el bar ese, acá a dos cuadras... El de acá cerca... Bueno, no me acuerdo el nombre, pero he visto a los muchachos en busca de otros muchachos, más por curiosidad que por otra cosa. Ah, y cuando recién aparecieron los travestis en la ciudad, en la década del ochenta, caí como un idiota con algunos de ellos, que me engañaron desagradablemente. De repente pasaba por la esquina, y veía a una prostituta alta, linda, agradable, de buen cuerpo, y que me decía “con vos gratis la primera vez”, y yo no ponderaba, puesto que era un milagro increíble... Encima me calentaban todo mal, ya que saben hacer bien el trabajo previo. Y al final, cuando me daba cuenta de la realidad, ya era tarde, porque no me iba a quedar con las ganas... Pero como te dije, no es lo normal, y no me considero bisexual de ninguna manera.

—Me has dejado sorprendido —afirmó Gervasio—. A ver... Dijo leyendo su libreta con anotaciones, casi completamente tachada. ¡Ah! ¿Alguna artista famosa, personaje de la farándula o histórico que haya caído en tus manos, o mejor dicho, en tu entropierna?

—¡Muchísimos! —exclamó el petiso—. Pero prefiero mantener sus nombres en el anonimato, por respeto a quienes ya no están, y para evitar problemas con las que todavía viven. Tú sabes el dicho: “Caballero no tiene memoria”... y “El que come callado, come dos veces”... Sí te puedo asegurar que la mayoría de las “modelos” las he probado, inclusive las más caras, y en el fondo no son la gran cosa. También damas de muchos políticos y empresarios conocidos, y cantantes o artistas de cine del extranjero, puesto que he realizado viajes exclusivamente para conocer a algunas. También a la famosa Madama, pero dejémoslo ahí.

—Bueno, y ya que no podés dar nombres de quienes han caído... ¿Te animás a dar el nombre de alguna que se te haya negado?

El Kurupí se puso tenso, trayendo recuerdos remotos, frunciendo las cejas. —Hubo algunas pocas... —dijo—. Sobre todo santas, vírgenes y castas. Alguna que otra monja, pero pocas... Hace un tiempo conocí a un par de lesbianas, de esas que no quieren siquiera probar a un hombre, y me rechazaron sin miramientos... Pero ya me he recuperado. Prefiero no hablar del tema. Ah, y si te preocupan tu madre y tu hermana... Pues tampoco han caído en mis redes aún.

—¿Y te has enamorado alguna vez de una mujer? —Cambió de tema Gervasio nerviosamente.

—He llegado a tener parejas estables algún tiempo, tipo novias. Pero como no soy humano, no tenemos futuro. Por lo tanto todo se reduce a varios encuentros a lo largo de un año o dos, a pasear o viajar juntos, ir al cine y todo eso, en muchos casos sin actividad sexual en todo ese tiempo, puesto que es lo que me sobra con las demás... Pero al final tengo que dejarlas nomás, antes que descubran lo que soy en realidad o que se encariñen demasiado conmigo.

—¿Y nunca has pensado ir al psicólogo para tratar tu obsesión?

—¿Psicólogo?, ¿Obsesión? Yo no tengo ningún desorden mental. Yo no soy humano, soy un ser creado para el sexo, nada más. Ya te lo dije, existo porque se me necesita. Cuando ya nadie precise mis servicios, dejaré de existir, puesto que ya no tendré razón de ser.

—Bueno... Para ir cerrando entonces la entrevista. Físicamente no sos un privilegiado, si bien intelectualmente veo que estás muy bien preparado, pero, como tú mismo dijiste te has ido cultivando en los últimos años, por lo que en la época de la colonia, o antes, supongo que estarías al mismo nivel del Pombero...

—Así es.

—¿Entonces, podés explicarme porqué sos tan irresistible para el sexo opuesto? Es como la música esa "Que tendrá el petiso"...

—Ah, eso se llama carisma, tacto, saber hacer las cosas. Saber qué decir y qué mostrar en el momento adecuado, cuándo ser furtivo y audaz y cuándo conservador. Son virtudes que me acompañan desde el nacimiento... Cada una quiere ser tratada de diferente manera, o le seduce algo distinto. Y, lo más importante, ellas no me ven así... Puedo trasfigurarme, parecer alto, rudo, o delicado, mestizo o nórdico... Recuerda que en realidad soy un ser mítico, y mi forma no es real. Ellas ven en mí su hombre ideal, yo reflejo sus expectativas más profundas y escondidas, y así me recordarán siempre. Lo que yo sea verdaderamente, en el fondo, no importa. Tú mismo estás reflejando en mí tus deseos, recuerdos y preconceptos, y por eso me ves tal cual estoy frente a ti. Pero tampoco soy esa visión que tus ojos perciben ni tengo la voz que oyes.

—Entiendo —susurró Gervasio, concentrándose e intentando verlo diferente, utilizando su imaginación, pero sin lograrlo. Probablemente sus preconceptos estaban demasiado arraigados como para cambiarlos de forma racional—. Entonces no hay una receta para que nosotros, los feos, seamos más deseables.

—Siempre la hay. Podés comprarte una moto grande, sobre todo si sos gordito y pelado, o un descapotable, tener mucha plata, ser fashion, o usar Internet. Muchas parejas serias o sólo de una noche sin compromisos se han formado allí, y por lo que veo funciona bien.

—Ya veo, voy a probar eso entonces, porque lo otro no creo que pueda... —Gervasio sonrió—. Y bueno, una última pregunta, ya fuera del artículo que escribiré y de esta entrevista —dijo el hombre, apagando la grabadora—. ¿Por qué me estás contando todo esto? ¿Por qué me llamaste para que te haga una entrevista?

—Porque estaba cansado de que se mienta sobre mí, de que se tergiversen los hechos, de que se crea que soy un mito extinto, porque mi nombre se pronuncia cada vez menos. En el campo, algunas chicas no me reconocen cuando aparezco... Nos invaden todo el tiempo con mitos extranjeros, como el Yetí, el monstruo del lago Ness, Pie Grande, el Nahuelito, el Chupacabras, los Ovnis, el Área 51, los dinosaurios de Jurassic Park, y todo eso. Pero se olvidan de nosotros, los verdaderos, los que existimos dentro de nuestras fronteras. Y quiero una reivindicación ahora.

—Pero no querés que te saque fotos.

—No. Difícilmente una película capte mi esencia verdadera, la cual es invisible, y la verdad es que no espero que publiques esto en un periódico serio, sobre todo porque harás el ridículo, y cuando me busques ya no estaré más aquí, y no tendrás prueba alguna más que tu grabación. Lo que quiero es que guardes esta conversación un tiempo, la mastiques, y la publiques en algún lugar donde puedan tal vez creerte, y quienes no lo crean, lo lean como un cuento, y les afecte por lo menos inconscientemente, cambiándole sus conceptos sobre mí. Te recomiendo alguna revista de ciencia ficción, un libro de relatos o una antología de narrativa.

—Está bien, pensaré en eso. Desde ya agradezco la invitación que me has hecho, y lo sincero que has sido conmigo.

—Por favor, fue todo un placer —le respondió el hombre de cabello hirsuto, pasándole la mano y acompañándolo al ascensor.

Al salir de la habitación y cerrarse la puerta detrás suyo, Gervasio dudó por un momento de los instantes recién vividos, pensando si no fue todo una alucinación o un sueño. De todos modos no tuvo el coraje necesario para volver a abrir la puerta, pensando que tal vez encontraría una habitación vacía.

El hombre volvió a su trabajo, a su vida normal, y una vez interiorizada esa verdad, sabiendo que pasaría por loco si la publicaba, transcribió la entrevista y me la dio, para publicarla junto con mis cuentos, que sabía pronto divulgaría. Yo simplemente le agregué algunos matices y la hice más entretenida y agradable al lector convencional o de ficción. Y ahora esta historia ha llegado hasta ti, querido compañero. Tal vez sea verdad, tal vez fantasía, pero sólo se puede afirmar que la fe va mas allá del razonamiento, y que la verdad... Está allá afuera... (Y en este caso, actuando en nuestro entorno).

14/01/2002

El Chausero.

Dentro de la mitología regional existen numerosos exponentes de la capacidad creativa del pueblo, con interesantes leyendas que muchos creen reales, y con personajes de fábula que hasta hoy siguen embarazando mujeres o asustando a los pobladores de lejanas aldeas del interior. Algunos claros ejemplos son el Pombero, el Moñai, el Ao-Ao o la Mala Visión. Hoy, en cambio, hablaré de una leyenda urbana, Asuncena, y de nuestro tiempo, no de las épocas guaraníicas cuando Tupá era el rey del mundo y se paseaba por él a sus anchas.

Este mito moderno es llamado “El Chausero”, según palabras textuales de mi gran amigo Ariel, quien intentó mostrármelo por primera vez en un viaje rumbo a San Lorenzo yendo a la boda de un compañero de trabajo. Como siempre ocurre en estos casos (como, por ejemplo, cuando queremos mostrar a alguien que una cosa no funciona, pero en ese momento sí lo hace), mi compañero exclamó entre la duda y el asombro: ¡Mirá, ahí está El Chausero! Y yo, sin comprender de qué se me hablaba, miré hacia atrás, donde sólo pude observar a un colectivo detenido en la banquina, unos matorrales altos, y nada más.

Le pregunté de qué estaba hablando, y me contó la leyenda que envuelve a este mítico ser: “Es un barbudo de sonrisa extasiada, cuya única finalidad en la vida es ser feliz haciendo chau a la gente desde detrás de los ómnibus averiados, y que de paso cumple la sana misión de ser una baliza humana. Siempre está vestido igual, con ropas medio harapientas, y con un kepi rojo roto. Todo el día se pasa viajando en colectivo esperando el momento en que se rompa uno para poder cumplir su misión divina...”

Ante tamaña barrabasada dicha por mi amigo en una noche de farra, no pude más que reírme y burlarme por el resto de la velada. “El barbudo, mito legendario, hermano del Luison y el Jasy Jateré (pero no reconocido como pariente por éstos), que se dedica a hacer chau detrás de los micros...” ¡Que ridiculez! - comenté una y otra vez a los diferentes comensales de la fiesta, entre risas.

Supongo que la persona que forjó la fábula del Pombero habrá recibido la misma sarta de reproches de sus amigos en aquel momento de lucidez, pero, como todos saben, ahora no hay quien dude de su existencia. Pues bueno, a mí me sucedió algo parecido. Cada vez que me encontraba con algún conocido, le comentaba, entre burlas, la historia del Chausero, y, oh sorpresa, algunos se reían en complicidad conmigo, pero otros me

respondían con un críptico "Yo también lo he visto aquella noche..." o "¿Cómo, no le crees? Hacia mi barrio siempre aparece..." o "¿El tipo de barba y sombrero rojo que cuida los colectivos? Todos sabemos que existe...".

La duda me carcomió la cabeza por un buen tiempo, no sabiendo ya que creer. A veces, entre sueños, me parecía ver a ese ser trasnochado, saludándome con su sonrisa desprolija y sus ojos ígneos, moviendo la mano suavemente, en un éxtasis divino, y cumpliendo con su plan en el orden establecido por el universo.

Y hoy, finalmente, lo vi. O eso creo. Fue un flash, un instante, con el rabillo del ojo, en pleno centro, y aún no anohecía. Detrás de un ómnibus de la línea 12, saludando de la misma manera que aparecía en mis sueños. Pero la visión no duró más de un segundo, y luego, entre el tráfico y la gente, se perdió. Pensé en bajarme del micro que me transportaba para buscarlo, pero la duda, el miedo, y la sospecha de poder llegar a destruir el mito con una búsqueda fútil, o peor aún, si lo encontraba, intercambiando palabras con lo que podría ser un hombre común, me detuvieron e impidieron que me desatornille del asiento.

Ya no sé si es verdad o fantasía, un truco sucio de mi amigo en venganza de alguna de mis fechorías, o una fábula contemporánea y verdadera, pero tan sólo puedo decir que el Chausero existe, y que en noches de luna llena o en tardes calurosas, muchos lo han visto saludando, como baliza humana, por detrás de los ómnibus detenidos, con su barba desprolija y su gorrito de color rojo...

Jeu Azarru (12/08/2001)